

reen los que tengan paladar ultra-refinado.

Entre las cosas bellas que hay en el libro (1) de Ortiz Salarégui, el *Canto a los pájaros de tu piedad*, lleno de sugerencias y claro de expresión, nos parece un acierto magnífico.

Poeta joven, él sabe mejor que nosotros lo que puede aguardar del futuro. No caeremos, pues, en la tonta simpleza de un pronóstico.

POEMAS AUTOMÁTICOS, por *Manuel Agustín Aguirre*.

De todos los libros vanguardistas publicados en América y recibidos en *Atenea*, acaso ninguno representa con mayor precisión la nueva moda lírica que el de este joven ecuatoriano que aquí comentaremos.

El título, la falta absoluta de mayúsculas y de puntuación le sitúan, desde luego, gráficamente, entre los avanzados. Aunque no es el primero, ni será el último, que intente desconcertar atropellando la ortografía, no es supérfluo anotar aquí tales cosas para que se le ubique con facilidad.

Hemos dicho ya en otras ocasiones, y en estas mismas columnas, que el uso y el abuso de la imagen—mientras más descabellada mejor—es, por excelencia, el distintivo de los poetas de vanguardia.

Veinte y cinco poemas forman el libro de Manuel Agustín Aguirre

(1) Biblioteca *Alfa*.—Montevideo, 1931.

re, y cada uno de ellos no es sino sucesión interminable de imágenes extrafalarias—y es claro que entre esa avalancha las hay bellas y precisas—que, sin ilación y sin sentido de unidad, apenas si arrancan una sonrisa benévola a la curiosidad del lector.

Estos poemas deshumanizados, sin belleza de forma y sin emoción, nos hacen pensar en la pintarrajeada paleta de un retratista que alguien quisiera exhibir como su obra maestra. Quedaron en ella tonalidades grises, violetas, azules, anaranjadas, medios tonos, sin orden ni concierto, y dan al ojo una grata sensación colorista. Pero no logran formar un retrato, ni un paisaje ni una naturaleza muerta. Son, simplemente, manchas de una paleta.

Siempre hemos pensado que esta innovadora corriente poética no será perdurable, y apenas si dejará el recuerdo sonriente de su paso por la literatura de hoy.

Es bien sensible que todo poeta joven se crea en la obligación de iniciarse en la ruta vanguardista, temeroso de aparecer retrasado. Desoyen la voz de su temperamento, que a muchos les enderezaría hacia el clasicismo, y, desprecian la lógica de la poesía eterna, logrando sólo distraer regocijadamente.

Copiamos aquí el Poema 16 de estos *Poemas automáticos*, (1) que dirá al lector mucho más que todos nuestros comentarios:

cogí una carcajada por los pelos
y la vacié en una botella
expresí los ojos de una mujer

(1) Imprenta Gutenberg, Guayaquil 1931.

como dos limones humeantes
(una copita cada media hora)
la tarde se ha quedado abierta de
[par en par
y la noche se ha entrado de punti-
[llas
la muerte me comerá la cabeza
como un terrón de azúcar
hay que subir las gradas en caracol
de la fiebre
mientras el frío castañeteando los
[dientes
hunde sus brazos flacos en las chi-
[meneas.

Entre las imágenes acertadas que
tiene el libro de Aguirre, queremos
citar algunas, cogidas al azar:

Los ciegos muy tranquilamente
se fuman toda la sombra
en las cachimbas de los ojos.

las lechuzas voraces y los cuervos
le sacaron los ojos al día.

La guillotina del reloj
hendiendo el cuello de las horas.

Pero estos pequeños asomos no
salvan a un poeta ni valorizan su
obra. Se requiere algo más, que este
poeta ecuatoriano no sabe o no
quiere darnos.

Ingrata tarea, para el comentador
que gusta del buen verso en que
se da la buena poesía, el rápido
buceo en estos libros de avanzada.
Y acaso más de alguien se empeñará
en ver un premeditado afán de ne-
gación en lo que sólo es análisis
sereno.—*P. S.*

ENSAYOS

LA CONQUISTA DE LA FELICIDAD, por
Bertrand Russell.

He aquí un libro cuyo título hace
sonreír. ¿Habrá quien piense hoy
en la conquista de la felicidad? El

mundo está preocupado de cosas
más graves; los hombres casi no
necesitan de ella. Les basta ser
ricos a algunos a otros les basta
ser inteligentes y la idea de feli-
cidad que tienen es la de una fe-
licidad que no es tal. La aspiración
de la mayoría de los hombres es la
satisfacción y la satisfacción no es
la felicidad. Es, casi siempre, egoís-
mo puro.

Y si no fuera porque este libro
viene firmado por Bertrand Rus-
sell, creeríamos que es uno de esos
libros inútiles, escrito para seño-
ritas cursis o jovencillos enamora-
dos, con recetas para determinados
casos. El propósito de Bertrand
Russell está expuesto en el prólogo
del libro:

Este libro (1) no se escribe para
los cultos ni para quienes creen que
no se debe hablar sino de proble-
mas prácticos. En las páginas que
siguen no se encontrará profunda
filosofía ni concienzuda erudición.
Mi propósito es hacer algunas ob-
servaciones, que me parecen ins-
piradas por el sentido común. Todo
el mérito que atribuyo a las rece-
tas que al lector ofrezco, es que
están confirmadas por mi propia ob-
servación y experiencia, y que han
aumentado mi propia felicidad siem-
pre que he procedido de acuerdo
con ellas. Por ello me atrevo a es-
perar que algunos de los muchos
hombres y mujeres que son des-
graciados sin quererlo, encuentren
su situación diagnosticada y sugere-
do el método de escape. He escri-
to este libro en la creencia de que
mucha gente desgraciada puede ser
feliz mediante un esfuerzo hábil-
mente dirigido.

(1) Espasa Calpe, 1931.